

> raciales a través de la historia amorosa entre una chispeante gitana vagabunda y un rígido y aristocrático fiscal. Al mismo tiempo, Buñuel exploró rutas semejantes como director de producción de Filmófono, demoliendo a base de coplas y salero instituciones tan rígidas como el ejército en *¡Centinela, alerta!* Para llegar a este punto de consenso, fue decisivo que artistas como García Lorca o Falla trasladaran también a las élites el valor de la copla y el flamenco.

A pesar de lo que parezca, el franquismo no se sintió cómodo con este tipo de cine que ofrecía una visión optimista de la transgresión de barreras. Florián Rey, director de *Morena Clara*, tuvo que escribir un artículo en *Vértice* para justificarse ante sus conmlitones falangistas. La *españolada*, consiguió sobrevivir a la oficialidad de los coros y danzas, aunque poco a poco fuera atemperándose. Su poder corrosivo, sin embargo, pudo ser aprovechado por Berlanga para construir una de las películas más populares de los 50, *¡Bienvenido Mr. Marshall!*. En ella deconstruye y a su vez reivindica la *españolada*, condensando las aspiraciones de un país que no podía encontrar un lugar homologable entre las naciones de su entorno. Incluso cuando la *españolada* se identificaba, a finales de la dictadura, con un planteamiento conservador, no dejaba de apelar a una superación de esas barreras por el bien de la modernidad. La confrontación entre el prototipo de las esencias hispanas Manolo Escobar y la chica urbana y *ye-ye* Concha Velasco es bien representativa. Tanto la guerra de sexos como la confrontación entre la copla y los ritmos pop anglosajones debían encontrar un necesario consenso final.

La transición fue orillando el fenómeno en la medida en que la modernidad se consolidaba, pero su fuerza transgresora y memorística siguió siendo reivindicada en las crónicas sentimentales de autores como Vázquez Montalbán o Terenci Moix. En cualquier caso, eran ya

Cuando la herida del terrorismo comienza a cauterizar, el público acepta ya bromas sobre el asunto

los tiempos de la televisión y de Isabel Pantoja, un modelo nostálgico y residual, aunque sus películas fueron también éxitos rotundos. No cabe duda, a pesar de todo, de que todavía es fácil encontrar algo de la fuerza transgresora de la *españolada* en algunos momentos del cine de Almodóvar. Y, por supuesto, en *Ocho apellidos vascos*. El público sigue celebrando la esperanza en que podamos transgredir las barreras que nos dificultan consolidarnos como un país moderno. |

Obama en el despacho oval de la Casa Blanca, el pasado 1 de marzo, hablando por teléfono con Putin

REUTERS / PETE SOUZA
© WHITE HOUSE



La imagen Barack Obama y Vladímir Putin mantienen una tensa conversación acerca del conflicto en Crimea; utilizan un teléfono fijo

La verdad corre en el hilo de Ariadna

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO

Esta fotografía tan estudiadamente neoclásica –banderas y cortinajes en perfecta simetría, dos sillas inexplicablemente flanqueando la mesa y preparadas para mirar a través de las ventanas– escenifica el intento de Putin y Obama por acercar posturas en el conflicto en Crimea, y lo hacen a través de un dispositivo electrónico no menos neoclásico, un teléfono de cable, un teléfono fijo. Dicho de otro modo: no utilizan el servicio de mensajes privados de Twitter. Pero no todos los políticos son reacios al teléfono inteligente: en ese mismo contexto, el presidente de la Comisión Europea, Durão Barroso, emite un lacónico tuit en el que defiende una Ucrania “unida e inclusiva”. Al contrario de lo que afirma el mantra de las empresas de telefonía, hay algo que importa más que la comunicación: la seguridad de la misma, y esas antiguallas llamadas teléfonos fijos son hoy el canal más seguro de transmisión de datos. La conversación entre Putin y Obama no sólo refuerza la idea de lugar como valor absoluto, de despacho de jefe de Estado como referencia físi-

ca territorio y poder –Casa Blanca y Kremlin–, sino que nos da a entender que casi nada de lo que corre a través de un *smartphone* presenta un peligro real, un peligro de conflicto bélico entre naciones. Hace pocos meses supimos que los servicios de vigilancia norteamericanos efectuaron escuchas a altos mandatarios del planeta, pero también supimos que no estaba intervenido el teléfono del domicilio de Angela Merkel, ni siquiera el de su despacho oficial, sino su *smartphone*. ¿Tuvo aquello consecuencias más allá del tirón de orejas? Ninguna, si acaso una amonestación que ni alcanzó el nivel de tarjeta amarilla. No es que Merkel no mantenga reveladoras conversaciones a través de su teléfono móvil, sino que no son suficientemente importantes como para que, en caso de ser detectadas, la escucha devenga en un conflicto que ponga en peligro a un mundo seguro. En este deporte las tarjetas rojas se sacan en céspedes bien distintos.

El juego de las dos habitaciones

Y es que uno de los usos más extendidos de la red son los sondeos de

carácter publicitario, las redes sociales se han convertido en un agente legitimador de conductas. Políticos, empresas y famosos de toda clase, antes de tomar cualquier decisión consultan qué dice al respecto la gran masa interconectada. Las redes sociales son elevadas no sólo a oráculo sino a poder legislativo y virtualmente ejecutivo, cumpliéndose de carambola lo perseguido por el viejo marxismo: la masa proletaria al poder; en este caso un nuevo proletariado hipertecnificado. Tal como ha ocurrido siempre –del hacha de sílex a la tablet–, la democratización de la tecnología socializa y otorga liderazgo a los miembros de las comunidades, sí, pero las cosas no son tan sencillas, nadie da algo a cambio de nada. Si teatro es todo aquello que se representa en un escenario, qué duda cabe que las redes sociales son un teatro de construcción de nuestra identidad, una escenificación de la independencia, pero también una colectiva alucinación de libertad ya que no sólo Facebook, Twitter o Google tienen dueño –no son nuestros–, sino que el control que de todos ellos hacen los servicios de inteligencia de los países más poderosos es absoluto. Preparan una fiesta de cumpleaños para nosotros y después se van corriendo a la habitación de al lado, donde por un agujero observan nuestros movimientos, y es en esa pequeña habitación de al lado donde realmente se cocinan las grandezas y tragedias del planeta. Es ahí donde Obama y Putin deciden el futuro de Ucrania a través de un teléfono fijo, a través de un cable que de pronto nos retrotrae al primer cable del que la civilización Occidental tiene conocimiento, el hilo de Ariadna. Queda por saber quién de los dos es Teseo y quién el Minotauro –o si ambos son el Minotauro–. |